

# Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificación



**Microtextualidades**  
Revista Internacional de  
microrrelato y minificación

## Que hablen

*Directora*  
Ana Calvo Revilla

*Editor adjunto*  
Ángel Arias Urrutia

SANTIAGO EXIMENO  
[santiagoeximeno@gmail.com](mailto:santiagoeximeno@gmail.com)

SEGUNDO PREMIO EN LA CATEGORÍA DE CUENTO EN EL  
CONCURSO “MICRORRELATO Y CUENTÍSTICA DEL  
CONFINAMIENTO EN CASA”, ORGANIZADO POR LA  
FUNDACIÓN ÁNGEL HERERRA ORIA Y EL PROYECTO DE  
INVESTIGACIÓN MiRED

Número 8 pp. 112-114  
ISSN: 2530-8297

@ 2020 Microtextualidades



## QUE HABLEN

Después de tantos días encerrado en casa, solo quieres que hablen. En el mercado, el dependiente de la frutería, con su mascarilla de tela fabricada por su madre, que te pregunta si tienes esos cuarenta céntimos, por favor, gracias. La joven de pelo verde que regenta el último quiosco del barrio, que te recuerda todos los días lo que cuesta el periódico. La mujer del puesto de lotería a pie de calle, que te agradece con una breve conversación intrascendente los veinte euros de la pensión que empeñas a la diosa fortuna. El chico de la panadería, el que perdió a su abuela, que apenas te mira cuando te da la barra, caliente y tostada, pero siempre tiene un gracias para la vuelta a casa.

Solo quieres que hablen.

En la televisión, los de los programas de la tarde, que solo saben discutir a gritos. Los que debaten sobre la pandemia y la convierten en política de patio de colegio en los programas de la mañana. Los presentadores de los concursos y sus continuas bromas para paliar el silencio de la ausencia de público. Los concursantes y sus anécdotas. Incluso los protagonistas de esas películas antiguas que te gustan, las del oeste que emiten al mediodía y tú ves por enésima vez.

A veces, si el dolor de espalda te lo permite, das un paseo alrededor de la manzana antes de que anochezca. O caminas hasta la avenida del tren y te sientas en uno de los bancos, metálicos y fríos, y contemplas embobado el ir y venir de la gente mientras compartes banalidades con la anciana del bloque de enfrente, la que todos los días te recuerda que perdió a sus dos hijos en un accidente de coche, la que ha sobrevivido a todas las enfermedades. Te gusta oírla más que escucharla, te gusta ese rumor de fondo que convierte sus palabras en pequeñas olas que mueren en la orilla de tu atención, que te anima a formar un esbozo de sonrisa. Ella es tan amable que a veces se coloca la mascarilla y te permite que interrumpas su monólogo con un par de apreciaciones. Nunca más de un par.

En casa, ya de vuelta, hablas con las paredes, con esa humedad persistente sobre el rodapié del pasillo que es como un viejo amigo de la familia. Hablas con el frigorífico, balda por balda; con las pocas fotografías del pasado que conservas en un álbum, siempre abierto, sobre la mesa del salón. Hablas incluso con la televisión. Aunque las voces de otros estén presentes como ruido de fondo, porque lo cierto es que ya no tienes muchas oportunidades de oír tu propia voz. Y, maldita sea, te gusta escucharte. Lo necesitas. Hablar y escuchar. Escuchar y hablar. Todos deberían poder hacerlo.

La cena siempre es frugal, a destiempo. Hay más palabras brotando de tu boca que ganas de comer. Palabras que te alimentan aunque se desborden sobre los platos, sobre el vaso de vino. Palabras contenidas durante el día que brotan por la noche como pálidas estrellas. Y después de cenar, a dormir. Apagar la luz sin ni siquiera abrir el libro cubierto de polvo sobre la mesilla. Cerrar los ojos. Esperar.

Poco a poco, en el silencio de la noche, tu cabeza se llena de voces. Voces de los amigos del colegio. Voces de las novias que no quisieron ser esposas. Voces de los vecinos, de los padres, de los sobrinos, de los enfermeros, de la doctora. Voces de los ausentes. Voces de los recuerdos, y todos los recuerdos son tristes.

Voces que hablan y hablan y hablan.

Y, en el silencio de la noche, tú solo quieres que callen.